

autor inventa una trama sin trasmitirle su sensibilidad, si mira los sucesos desde un ángulo meramente objetivo, no podrá interesarnos. Serán cuadros sin atmósfera. Las descripciones, los retratos, sólo cobrarán vida si el novelista derrama en ellos sus propias emociones, parte de su entraña, por decirlo así.

Es frecuente en el público y en los críticos, que identifiquen al protagonista con el autor del libro, lo que resulta, en cierta medida, un error. Yo diría que, al crear un personaje, hacemos una especie de mosaico tomando rasgos propios y ajenos. Por lo demás ¿qué importa de donde se sacó el patrón? Da lo mismo. Lo importante es que los personajes tengan vida propia y tan suya que se muevan en el libro como si existieran de verdad, que se muevan hasta conducir por su mundo al autor. En cambio, el escritor que sólo es capaz de escribir una novela clave, no vale la pena de ser tomado en cuenta. El novelista ha de ser visionario. Y ese don no se improvida, no se forma a la fuerza. Está dentro de él como un mandato.

En los albores de este siglo nació en Chile el criollismo que debía marcar a fuego nuestra literatura durante más de cuarenta años. Muéstrase primero esta tendencia en dos grandes cuentistas: Baldomero Lillo y Federico Gana, minero el primero, campesino el otro. Pero, en realidad, los creadores de este género son Mariano Latorre y Luis Durand. Aparece la zona central y la vida en las cordilleras costinas, se presentan arrieros, inquilinos, mineros y bandidos. Descríbense topeaduras, velorios y rodeos. Pero el criollismo de estos dos autores y de la pléyade que los sigue, sólo penetra la tierra y sus costumbres de afuera para adentro, sin llegar hasta sus raíces profundas. Mariano Latorre, más que psicólogo es paisajista y carece de hondura. Crea una escuela con sus novelas y adquiere numerosos discípulos. Durand, que se especializa en retratar la vida de la frontera, nos entrega narraciones un poco desmañadas sureña y de

que despiden cierto halo poético. Su obra es fecunda, realista, preñada de pasiones y emociones. Sin embargo, su criollismo o costumbrismo, no llega hasta la idiosincrasia del ser humano. Permanecen en la superficie. Detenidos en lo pintoresco, no se dieron el trabajo ni tuvieron el genio necesario para desentrañar aquello que nos marca y que nos mueve. Ni ellos dos ni quienes los siguieron. El criollismo, no lo niego, tuvo importancia en su tiempo y en nuestra historia literaria. Fue una etapa necesaria. Un puente para pasar de la imitación europea a la tierra nuestra intentando escuchar la voz rica, multiforme y áspera de América. Salvo rarísimas excepciones, entre las que pongo a Oscar Castro fallecido muy joven, el criollismo chileno fue un criollismo sin dimensión en que no se descubrió qué somos los chilenos ni como somos, por qué actuamos en determinada forma, qué influencia psíquica crea en nuestra mente por ejemplo la Cordillera y, en general, la extraña geografía de nuestra tierra. Al revés de lo que ocurre con "Don Segundo Sombra" en Argentina, con "Doña Bárbara" en Venezuela, "La Vorágine" en Colombia, "Los de Abajo" en México, para no citar sino a algunos de los grandes clásicos hispanoamericanos. Tampoco surgen de las obras de nuestros costumbristas las reacciones del hombre frente a la vida y a la muerte, ni su inseguridad frente a un paisaje que lo devora. Porque nuestra América, al revés de Europa, es un conglomerado de bloques ingentes: desiertos de infierno, valles elíseos, ríos multiformes y montañas gigantes, como de un mundo inconcluso que se estuviera formando. En fin, urbes hirvientes, seres humanos en crisol, uniéndose para amarse y para luchar. La novela criolla debería haber sido la traducción de esta América que es un perpetuo nacimiento como si no quisiera salirse nunca de su juventud. ¿Quién, entre los novelistas de lo criollo, fuera de Oscar Castro, captó esta fuerza multiforme? ¿Quién, la voz potente de América? Si en poesía Neruda cogió estos ímpetus telúricos lo que hizo admirables sus poemas, en novela costum-

brista, muy pocos escritores dieron la nota original que nos retrate en toda la extensión de nuestra mentalidad.

En 1935 aparecen las primeras reacciones contra el criollismo, soberanos en su influencia has^{Tu} entonces. Se penetra en la novela psicológica, en la novela onírica, y se da a conocer el mundo irreal de los sueños. Son dos mujeres las que resueltamente se apartan de las tendencias costumbristas: María Luisa Bombal y la que habla.

M. Luisa Bombal ap^Wota con su primera novela "La Última Niebla" una nota nueva. Es como un breve poema en prosa, emotivo, que oscila entre la realidad y el sueño. Sigue a esta novela, La Amortajada, publicada en 1938. Es la historia de una muerta que, desde su ataúd, observa cuánto la rodea. Además de su vuelo poético, tiene este libro pinceladas psicológicas de una hondura admirable. Sentimos a la autora muy influida por los cuentos de Edgar Poe, especialmente por uno de ellos titulado "Coloquio entre Monos y Una. Comparemos, por ejemplo, ciertos párrafos. Edgar Poe, tramite los pensamientos del hombre llamado Monos que, recién muerto, aunque no del todo desprendido su espíritu de la materia, observa cuánto lo que pasa a su alrededor. Dice así: "Me vistieron para el ataúd tres figuras oscuras que se movían en forma precipitada. Sus imágenes afectaban mi cerebro en forma de gritos, gemidos y otras expresiones de sufrimiento. Tú sola, con tu traje blanco, te agitabas musicalmente en torno a mí. Era medianoche y tú estabas sentada siempre a mi lado. Los otros habían abandonado la pieza de la muerte. Ya me habían instalado en el ataúd. Las lámparas quemaban vacilantes."

Y escribe María Luisa Bombal: "Y luego que hubo anochecido se le entreabrieron los ojos. Era como si quisiera mirar escondida tras sus largas pestañas. A la llama de los altos cirios, cuántos la velaban se inclinaron entonces para observar la transparencia de aquella pupila que la muerte no lograba empañar. Los observa, enseguida, ordenar el

cuarto, acercarse al lecho, reemplazar los cirios consumidos, ahuyentar de su frente una mariposa de noche. Es él, él. Allí está de pié y mirándola. Su presencia anula de golpe los largos años baldíos, las horas, los días que el destino interpuso entre ellos dos, lento, oscuro, tenaz."

En ese tono se desarrolla la breve novela de M.L. Bombal, así como el relato de Poe. "Es indudable que una marcada influencia inspiró a la autora chilena no sólo el hallazgo del tema sino la manera de narrar las sensaciones de una persona muerta. No le resta valor esta influencia a la obra, pero considero importante señalar la raíz de donde nació la trama de "La Amortajada." M.L. Bombal desde 1940 no ha vuelto a escribir y su obra literaria se reduce a los dos libros mencionados y a tres cuentos.

En cuanto a mí - y perdonen que hable de mi persona - comencé mi carrera literaria en 1933 con la novela "El Abrazo de la Tierra" que, no lo niego, tuvo gran éxito de crítica. Yo había tratado de defenderme de toda retórica, del excesivo lirismo muy corriente en Sudamérica, y para ello tuve este lema: "el adjetivo que no ilumina, mata." El Ab. de la Tierra fue de corte criollista, así como "Esp. sin Imagen" que lo siguió. Pero luego sentí la necesidad de apartarme de ese terreno y de dar a mis novelas un sentido más universal. Penetré en la novela psicológica o sea, en las angustias del ser humano, en sus emociones y pasiones. Publiqué "Las Cenizas" novela que fue objeto de acaloradas controversias, de elogios y ataques. El público le dió amplia acogida y tres ediciones se han publicado de esa novela. "Las cenizas" describe la vida de una mujer chilena que se debate entre dos mundos opuestos: el de ayer, romántico, seguro y algo estático; el de hoy, trepidante, acelerado y caótico. "Este oscilar entre dos épocas tan contrarias, desorienta a Irene la protagonista y la hace actuar muchas veces con incoherencia.

Publiqué después mis memorias de infancia de la cual se han editado 3 ediciones y fue firmada por P. Atencio de la U. C. Sigüenza